

Hacia una perspectiva constructivista en el análisis del tiempo libre como ocio deportivo

ÁLVARO RODRÍGUEZ DÍAZ

Universidad de Sevilla

Resumen

Buena parte de los análisis sociológicos contemporáneos sobre el ocio, el tiempo libre y deporte siguen alimentando la clásica dicotomía que distingue a la Sociedad del Individuo, aplicando así distintos sustantivos para designar a una misma e inseparable sustancia. La sociología aplicada más común suele inclinarse por describir a la estructura social en menoscabo del análisis individual-emocional del sujeto. En esta comunicación propongo, a partir de las aportaciones de Elias, Bourdieu y Foucault, una nueva mirada epistemológica para interpretar el deporte como modo histórico de ocupación del tiempo libre, disolviendo la polarización entre la perspectivas Sociedad-Individuo o sus variantes semánticas: micro-macro, estructura-agencia, materia-idea, objeto- sujeto, observado-observador .

1. TRABAJO, OCIO Y CONSUMO: LA REGULACIÓN DEL TIEMPO PARA EL DEPORTE.

El ocio es un modo de ocupación del tiempo que se interpreta en tanto que dimensión vinculada a su contraria, a la negación del ocio o negocio, entendido como tiempo donde transcurre la producción y el trabajo. El ocio en su acepción de *tiempo no productivo*, está presente en todas las sociedades. Lo que caracteriza a las sociedades modernas es una racional separación entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo, separación cronológica que también es paralela a la separación espacial entre producción y recreación. En las comunidades nómadas no existía la distribución del tiempo racionalizado. Cuando la humanidad descubre la actividad agrícola y empieza a cultivar el sedentarismo, en la antigua Mesopotamia, es cuando aparece el excedente, la cosecha sobrante que se pone en circulación en los emergentes mercados locales. Es en ese momento histórico cuando surge el tiempo *residual*, como tiempo de no actividad. Sólo aparece definido el ocio cuando aparece el comercio agrícola. A su vez, el cultivo de la tierra y la domesticación del gana-

do son el embrión de las primeras aglomeraciones humanas. El tiempo libre está vinculado al nacimiento de las primeras ciudades en los márgenes ribereños y fértiles. Así, tiempo libre, ocio y ciudad son géneros de análisis que van unidos desde sus inicios. La ciudad fue el espacio de la producción de bienes donde también se producía el tiempo.

En los asentamientos premodernos el tiempo era circular. Estaba sometido al compás de la naturaleza, a los ritmos climáticos de la regulación agraria: arar, sembrar, abonar, y cosechar. El dominio religioso de la autoridad se ajustaba a esas marcas del calendario biológico, sancionando tiempos rituales y celebraciones al son del campanario de la iglesia. El tiempo libre se supeditaba a esa circularidad y era ilimitado y abierto, con temporadas de reposo forzado. Los monasterios europeos del siglo XIII son las primeras organizaciones que segmentan el tiempo cotidiano, en una medida diferente a la que proporciona la naturaleza. El código benedictino monástico estableció ocho horas al día, ocho llamadas al cambio de tarea monacal, que coinciden con oficios prescritos y definidos bajo la máxima del *ora et labora*. Esta disciplina temporal es el inicio de una nueva regularidad, que es lineal y metronómica, que a lo largo los siglos perderá sus principios religiosos para aplicarse a la industria y al orden civil.

El concepto de “trabajar” en su etimología latina, *tripaliare*, “torturar”, no surge hasta la identificación del trabajo como *sacrificio*. Los valores de la civilización judeocristiana se reorientaban cada vez más paulatinamente al deber laboral, como una redención que demostraba la virtud humana. El individuo siente el ejercicio de la *vocación profesional* como si se tratara de una ansiedad o angustia interna. La Reforma Protestante difunde la idea de que la pereza es el origen de la miseria. Los tres grandes sociólogos clásicos, Marx, Durkheim y Weber, acusan al ocio crónico de ser un mal social. Así, el ocio se entendió peyorativamente, y sólo adquirió valores positivos cuando la vagancia dio paso al recreo racional como una reposición necesaria para el trabajo.

A principios de siglo XIV se fabrican los primeros relojes mecánicos, con los que el tiempo pierde su *circularidad* y deviene en *lineal*, con una dirección progresiva y más segmentada. Esta nueva comprensión temporal es causa y efecto de una manera diferente de elaborar las relaciones sociales cotidianas, en las que la economía empieza a sustituir a la religión y, en general, la producción a la creación. Con el nacimiento de la revolución industrial también nace la época de los inventos, entre los que a menudo se destaca a la máquina de vapor o al telar mecánico, como ingenios que ilustran aquel cambio social, pero se suele olvidar la distribución del reloj de bolsillo fabricado en Ginebra en el siglo XIX, cuyo uso se extiende después con tanta emergencia como el trabajo asalariado. Al tratarse el tiempo como un valor de cambio se procede a medirlo minuciosamente. El reloj se convierte en un instrumento de trabajo, en tanto que el trabajo se convierte en un ejercicio de sincronización. Los ideólogos de la Revolución Americana proclamaron que “el tiempo es oro”, *Time is Money*, expresando la lógica del espíritu occidental que empieza a regularse masivamente mediante un estricto horario y calendario, donde la jornada laboral deviene en mercancía. La ciencia se orientó al rendimiento laboral y puso en marcha el tic-tac del cronómetro como instrumento productivo. Y así F. W. Taylor, para establecer su modelo de la Organización Científica del Trabajo, entendió a la fábrica como un gran sistema de relojería, en la que los sujetos están vinculados a movimientos anatómicos al compás de los tiempos que marcan las máquinas. Las malas condiciones salariales de la indus-

tria inicial no permitieron que las clases trabajadoras pudieran acceder a un uso consumista de su escaso tiempo libre. Paralelamente, la burguesía industrial imitaba los estilos de la nobleza europea, practicando la ostentación suntuosa de objetos y posesiones, distinguidas y elitistas. Esa clase ociosa, en términos de Veblen, expresaba su separación social respecto a la masa trabajadora haciendo gala de su generoso tiempo libre, como símbolo estatuario que se disfrutaba con un consumo conspicuo y monopólico.

Paralelamente al nacimiento del consumo elitista iba desapareciendo el autoconsumo tradicional, a medida que se incorporaba el modelo de trabajo asalariado, que favoreció una mayor productividad, gracias al maquinismo que reprodujo fácilmente los objetos, gracias al uso de la energía eléctrica y la subordinación a los mercados, que permitió el fenómeno de la abundancia segmentada, de los excedentes, y de las posibilidades de mayor redistribución. Es “la mano invisible” de Adam Smith la que despliega el bien común de la economía política. Y es Marx el primer gran analista crítico del fenómeno: la alienación del sujeto vinculada al fetichismo de la mercancía. Pero es Veblen (1992) el precursor de conceptos todavía vigentes como el *consumo vicario* y la ostentación consumista de la burguesía estatutaria. La norma de consumo es, con la industria refinada y selectiva, un arma de distinción, lo que Simmel empezó a llamar la *moda*. La producción distinguida distribuye a los individuos en estilos de vida, siguiendo una idea weberiano: cubrir los deseos más que las necesidades, reformulando las posiciones simbólicas de la estructura social. El gasto suntuario es una distancia económica del elemental gasto proletario, todavía débil y menesteroso pero ya mercantilizado.

Según Featherston (1996) es en la segunda mitad del siglo XIX cuando se inicia el germen del consumo social, todavía no masificado, fomentado por la expansión de los transportes que facilitan el acceso a los primeros grandes almacenes en las periferias urbanas. Se expande así la ciudad moderna donde el sentido de las acciones de pertenencia social ya no se refieren a la identidad comunitaria de la tribu o el poblado sino a la nueva sociedad nacional que se construye mediante un Estado liberal, regulado por un *discurso común*, con unas aduanas, un sistema fiscal, una moneda, una lengua unificada, una religión y un ejército.

El hecho de la compra ya es un hecho sociológico, más allá de la consecuencia de la producción elemental de bienes y servicios. El consumismo está implícito en las primeras reflexiones ante lo social. En contra de la teoría neoclásica del siglo XIX, el consumo económico está más basado en la funcionalidad simbólica y subjetiva de los objetos que en su funcionalidad material y objetiva. Baudrillard se refiere al valor-signo que llevan implícitos los bienes y servicios consumidos, dentro de un sistema de objetos dispuestos para una valoración diferenciada y jerárquica. La generación de *deseos* más que de *necesidades* se abre en un abanico de ofertas ante la que se disponen objetos heterogéneos con un valor de uso simbólico. Alfonso Ortí, utilizando el concepto de *deseo* según Freud, entendido como *indicativo de una carencia*, y dentro del contexto del “neocapitalismo de consumo”, señala que: “Los propios *bienes elementales* tienden a ser comercializados y adquiridos con la misma estructura simbólica característica de los *bienes ociosos masivos*” (Ortí, 1994: 44).

Cabe señalar que en la consideración de “bien elemental” acaban clasificándose bienes que históricamente no fueron *elementales*, en cuanto no satisfacían *necesidades*

absolutas. El consumo de deporte, como modo de ejercicio físico, se identifica masivamente, desde el último tercio del siglo XX, como una actividad básica para el desarrollo humano, un bien elemental, desde un mensaje especialmente publicitado en el ámbito del consumo de salud. Un siglo antes, era una *necesidad relativa*, relacionada con el estatus social: los inicios del deporte estaban reservados a la élite ociosa occidental. La burguesía opulenta buscaba cubrir su amplio tiempo libre emulando las prácticas de los juegos físicos propios de la aristocracia decadente, con la que comparaban sus formas y estilos, pero racionalizando aquellos juegos, reconvirtiéndolos en deportes racionales y modernos. La historia del deporte occidental del siglo XX ha sido una paulatina ampliación de las prácticas desde las clases sociales superiores a las inferiores, de los hombres a las mujeres, de la raza blanca a la raza negra... Es un consumo que se ha generalizado tanto por imitación como por imposición. El origen histórico del deporte, en su versión más plausible, es en su génesis una *imposición educativa*.

A mediados del siglo XIX, los jóvenes estudiantes de clases altas eran transitoriamente formados con una seria disciplina en los rígidos centros escolares privados, donde estaban sometidos a un estrecho control sobre la dedicación de su tiempo cotidiano. Elías (1992) parte de que los primeros juegos deportivos modernos tuvieron como objetivo el control social de los alumnos en las selectas *public schools* inglesas, a mediados del XIX. El tiempo libre de los jóvenes estudiantes se dedicaba a los juegos populares, atávicos y rurales, en los que era común el enfrentamiento entre hombres y animales. Tales prácticas *vulgares*, sin apenas reglas, empezaban a entenderse como violentas. Los accidentes, las salvajadas y los heridos empezaron a ser un problema para una comunidad con una nueva vocación ordenada e industriosa. Cabe observar que buena parte de los juegos ancestrales estaban asociados a la religión y a la agricultura, campos de reglas que son descontextualizados al modernizarse la esencia de sus prácticas. En la búsqueda para encontrar las soluciones que atajaran aquellos *problemas juveniles*, los educadores de las clases altas remodelaron o simplemente inventaron el llamado deporte moderno, haciendo coincidir la calificación de *gentleman* a la de *sportman*. El deporte se insertó como una condición social restringida sólo a aquellos que disfrutaban de ocio, entendido como un consumo materialmente selecto del tiempo libre. La clase ociosa, que definió Veblen, dedicada a los *sports*, nace y se desarrolla en los centros educativos cuando se incorpora una nueva pedagogía civilizada de la acción social. Esas nuevas formas regladas de ocupar el tiempo libre mediante la actividad física fueron históricamente imitadas por las clases sociales inferiores. Como afirma Dumazedier: “Los juegos reservados hacia 1880 a la juventud burguesa han pasado al pueblo como virtudes educativas” (1971: 28).

La formalización del tiempo libre está en la base del nacimiento del deporte. Es el control de los cuerpos en espacios determinados con reglas fijas y productivas, tal como indica Foucault (1984) cuando se refiere a la génesis del poder moderno basándose en el panóptico utilitarista de Bentham, y que se expresaba en la disposición del terreno de los deportistas adolescentes en las *public schools* inglesas, disposición diseñada para permitir la atenta vigilancia de sus profesores y tutores. Ese proceso de civilización era consecuente con el proceso de la industria y del mercado, que se racionalizaban. El *fair play* era un nuevo valor, un contrato entre *nobles*, tan aplicable al comercio como al deporte. Elías analizó el proceso de civilización que se desarrolló desde la Europa cortesana en la Alta Edad

Media, que fue un proceso de pacificación que evitó la guerra continua entre caballeros y sus trágicas consecuencias para todos. El fin del terror y la inseguridad se estableció mediante pactos políticos, para los que se crearon organizaciones, jueces, espacios reglados y normas de respeto. Esa misma racionalización es la que acontece en la evolución de los juegos tradicionales que se metabolizan en deportes modernos mediante instrumentos burocráticos como las federaciones, árbitros, canchas y reglas. Sin duda que existían ciertas reglas, a veces minuciosas, en determinados juegos preindustriales como la pelota o similares, pero no conformaban un sistema universal de reglas, consensuado y claramente neutro. La democracia no es más que un juego de poderes. Huizinga indica: “el espíritu y la costumbre de la vida parlamentaria inglesa han sido siempre deportivos” (244).

Los juegos primarios, las apuestas y el alcohol fueron suprimidos en la socialización de los jóvenes ingleses, gracias también a los primeros periódicos de la época victoriana, que apoyaron la destitución de esas prácticas insanas. El *pánico moral* que conllevaba el nuevo orden y desorden industrial era una preocupación inherente a los primeros analistas de lo social. Las revoluciones burguesas del XIX socavaron los cimientos de la teocracia y la irracionalidad, ofreciendo otra estabilidad alternativa basada en el Estado liberal, en el mercado y en la ciencia. Saint Simon y Comte inauguran la sociología como una reflexión para encontrar un modelo de estabilidad comunitaria, que había proporcionado el *Ancien Régime* y que se diluía en el incierto clima que ofrecía el nuevo sistema industrial y laico. Es justamente esa misma preocupación *moral* la que late en los educadores británicos que amoldaron las maneras tradicionales de divertirse, estéril y arbitrariamente, hacia otras coordenadas de valores y *normas deportivas*, que empezaban a ser productivas y métricas.

Los poderes reformistas del siglo XIX sustituyeron los juegos vulgares que practicaban los estudiantes de las élites británicas: los racionalizaron y los delimitaron, ordenando instituciones para su regulación. Se impuso la competición y la clasificación, en un proceso similar al de la economía que implantaba el *record* como medida. El deporte se hizo productivo y se basó en *rankings*, clasificaciones. Para ello, uno de los intereses básicos de los reformistas del XIX fue cambiar la malsana dedicación de los trabajadores en su tiempo libre. En Francia en 1840, Villermé en su obra *Etát physique et moral des ouvriers*, señaló lo siguiente:

“Para el obrero, todo se convierte en ocasión de ir a la taberna... va ahí cuando está contento para divertirse, en fin, cuando tiene preocupaciones domésticas, para olvidarlas” (Villermé, 1840, citado por Dumazedier, 1971: 37).

El problema para la modernidad industrial era la holgazanería o el no *hacer nada*. En la España de la Ilustración, Jovellanos parte del escenario costumbrista de la inacción que observa como viajero por el país, y la plantea como una preocupación social que desencaja con las maneras del liberalismo burgués emergente:

“¿Cómo es a que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes... reina en las calles y plazas una perezosa inani-

ción, un triste silencio... Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas... sentados, o vagando acá y acullá, sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse” (Jovellanos, citado por Ruiz de Olabuenaga, 1994: 1898).

Aplicando la Teoría de la Civilización de Elias cabe señalar la necesidad de que la burguesía culta relacionara el *trabajo* con el *tiempo libre*, ofreciendo alternativas de recreo deportivo como fórmula para reproducir el *circuito vital* de los trabajadores: El ocio deportivo, en su doble variante de práctica y espectáculo se instaura en las grandes empresas occidentales, creándose clubes para los trabajadores, fomentando la competición en el ocio, bajo un modelo de inspiración británica, en lo que fue un proceso evolutivo y geográficamente lento. No es hasta el 1 de marzo de 1904 cuando el gobierno español aprueba la ley del descanso dominical, una vieja aspiración de los sindicatos obreristas. Las crónicas del periódico del lunes siguiente a la aplicación de la ley señalaban el aburrimiento general de los trabajadores que, “sin saber que hacer”, acudían a beber a las bodegas, lo que hizo aumentar el alcoholismo y el malestar público. El periódico *El Imparcial* (1-10-1904), días después de la aplicación de la ley, lanzó una encuesta con una pregunta a los ciudadanos: *¿Qué hace usted el domingo?* Entre las respuestas se constata el aburrimiento general:

“Voy a una taberna a jugar al mus con varios paisanos. No es ideal, ni mucho menos; pero el aburrimiento me obliga a ello”.

“La única iniciativa del gobierno en cuanto a las costumbres es el fomento de la vagancia”

“..como el domingo no trabaja y sale de la panadería a las doce del sábado, pues se reúne con sus amigos desde bien temprano y ya no le vemos en todo el día, gastándose lo que nos hace falta para vivir. Esto es lo que me ha traído a esta casa, llena de paz y de gloria, la dichosa ley de descanso dominical” .

Los sindicatos obreros decidieron, a través del Instituto del Trabajo, el cierre de las tabernas y la suspensión de las corridas de toros durante los domingos. Pablo Iglesias subraya esa decisión invocando la necesidad de modernizar el país y defendiendo a “los representantes de los trabajadores, que ansían ver a su clase libre del alcoholismo y de la incultura” (Periódico *El Globo*, 10-7-1904). A la larga, el espectáculo deportivo alcanzó a legitimarse como ocupación moral en los domingos, sustituyendo a las erráticas y tradicionales maneras de pasar el tiempo. El deporte llegaba como un ingrediente de la modernidad, presentado como una reconocida manera de ocupar el día de ocio. Los distintos portavoces de la estructura social consensuaron tal acuerdo: fomentar la exhibición deportiva es fomentar la ética moderna. La competición y la salud son dos pilares para una nueva era de progreso lineal. El origen burgués del deporte no fue obstáculo para que las organizaciones proletarias aceptaran e impulsaran el discurso del ocio corporal y organizado.

No es casual que los clubes españoles más en deportes como el fútbol, el baloncesto, el atletismo, el tenis o el ciclismo se fundaran en la primera década del siglo XX. Con la aparición de las competiciones federadas y estatales, durante el primer tercio de siglo, apareció también la figura del espectador durante las tardes de los domingos. Antes, eran

las élites las que cultivaban la práctica deportiva. Con la instauración del tiempo de ocio obrero, las clases trabajadoras crean sus clubes apoyados por la patronal en sus fábricas. La ocupación inerte del tiempo libre es sustituida por el tiempo controlado mediante el deporte. Los procesos de pacificación, de los que habla Elias, son los procesos de control disciplinario del espacio, de los que habla Foucault. En esa evolución de la racionalidad, las clases trabajadoras, siguiendo la estela de las clases altas, asumieron las prácticas deportivas como ejercicios de *autodominio social*, en contra de otros modos de distracción vulgares como la ebriedad, las mancebías o la cita de vaquillas.

Asimismo, la clase empresarial facilitaba la actividad deportiva de sus subordinados como sustitutivo a la vida licenciosa. A principios del siglo XX, en las fábricas pesadas, la cadena de montaje fordista facilita la reducción del horario laboral, gracias al aumento de la productividad al desplazarse mecánicamente los materiales. Ello contribuyó a abaratar costes de producción, lo que finalmente permitió aumentar los salarios para frenar la abundante deserción y rotaciones de una plantilla que a duras penas encajaba con el fatigoso y veloz trabajo rutinario. La norma salarial *Five dollars day* era una norma ética en tanto que pretendía regular el modo de consumo a través del salario. Ford solicitaba a sus trabajadores que los valores del tiempo libre dedicado al ocio fueran los mismos valores del tiempo dedicado al trabajo. Así, la moral fabril rechazaba a los empleados que gastaban su tiempo libre en beber alcohol o en juegos de azar y no empleaban su salario en, implícitamente, comprarse un coche Ford-T, del que se llegaron a fabricar 12 millones de unidades, llevando una vida familiar, decorosa y deportiva. La norma salarial era una norma de consumo y era también una norma de ocio. El control del tiempo de los sujetos se convierte en una necesidad productiva. Los regímenes estatistas de inspiración leninista también impusieron el control del tiempo libre de sus ciudadanos subordinados. No es casual que la primera encuesta del tiempo, dirigida por Strumilin en 1924, fuera realizada en el Moscú de los soviets para planificar mejor la tutela del Estado sobre la sociedad.

En el mercado abierto de los países occidentales, la reducción progresiva de las horas de trabajo, gracias al maquinismo, fue considerada por Lafargue (1980) una “conquista obrera”, aunque a la larga tuvo la consecuencia paradójica de fortalecer su criticado sistema clasista de mercado, al hacer coincidir el tiempo libre con el consumo. La definición del ocio como reproductor del mercado llega a que algunos economistas voluntariosos lleguen a identificar al tiempo libre que no se dedica a nada como “tiempo estéril” (Castilla, Díaz, 1988: 38-39). El concepto del tiempo, en las sociedades desarrolladas se pretende ligar a los valores materiales. Dumazedier (1971) señala que el ocio, en su triple acepción de descanso, diversión y desarrollo de la personalidad, debiera caracterizarse por la realización de hechos fútiles, no productivos, lo que contradice el fomento social del *hobby*, por ejemplo, como actividad orientada a lo útil, con un sentido práctico, como el *do it yourself* y otras categorías de los trabajos voluntarios.

Uno de los análisis más comunes sobre el ocio es aquel que lo identifica como liberador de tensiones, como una escapada respecto al estrés de la actividad cotidiana, una fuga de las obligaciones sacrificadas. Las tareas laborales crean suficientes tensiones como para que el sujeto elija libremente una actividad alternativa de ocio deportivo y así olvidarse de los problemas diarios. Pero esta supuesta funcionalidad del deporte está cargada de malentendidos comunes. En la sociedad actual las tensiones se suelen entender como una emoción

negativa, como el estrés, que es una situación no elegida. Actividades comunes como los juegos o los deportes también generan tensiones, tantas o más que las laborales, e impiden el relajamiento y la necesaria abstracción. Este razonamiento ilustra la idea de que las emociones dominantes en cada sociedad son los mismos para el negocio que para el ocio. En ambas facetas humanas se producen interacciones sociales que en última instancia legitiman el orden de las cosas. Más allá, Caillois (1967) nos propone analizar a las sociedades a partir de sus juegos. De hecho, cualquier historia del deporte puede interpretarse como una evolución de los valores dominantes en cada sociedad. El trabajo y el juego son, a fin de cuentas, representaciones socialmente afines, modos de relación legítima que no se contradicen sino que se reproducen mutuamente. Con otras palabras, Platter (1995) señala que "el tiempo es cultural", en tanto que en su distribución se prescriben relaciones sociales determinadas por sentidos comúnmente instituidos. El trabajo y el deporte son ejercicios sociales que se desenvuelven bajo las mismas coordenadas culturales. Y la educación, como representación regulada de la cultura, se organiza en esa misma línea, tal como indica Bourdieu (1993): "... el escenario del *skhole*, ocio, es el lugar donde las prácticas dotadas de funciones sociales en el calendario colectivo son transformadas en ejercicios corporales" (p. 62).

Otro de los equívocos comunes en cierta literatura académica es la idea de que se amplía generosamente la cantidad de tiempo de ocio a medida que avanza el modelo capitalista. Bajo una mirada superficial a la evolución del número de horas trabajadas, que pasó de las 80 horas semanales al inicio de la revolución industrial a las 40 horas de media actual, cabría interpretar un aparente aumento del tiempo de ocio. Rifkin (1996) llega a proclamar del *fin del trabajo*, partiendo de la tradicional idea keynesiana del "desempleo tecnológico". Su argumento es sencillo: las nuevas tecnologías sustituyen al trabajo humano y vamos hacia una nueva sociedad, donde no habrá productores sino consumidores. Este razonamiento le lleva implícitamente a dar la bienvenida a la era del "ocio generalizado". Handy (1986), por su parte, abunda en la incertidumbre del futuro del trabajo humano, futuro que define como ocio. En realidad, la relación que se suele establecer entre innovación tecnológica y aumento del desempleo es una suposición generalmente realizada con abundantes pero con parciales y dispersos apoyos empíricos. La idea de la *sociedad sin trabajo* ha sido refutado bajo la luz de datos homogéneos y locales (Castillo, Rodríguez Díaz, 1999). Además, sobresalen cada vez más estudios que indican que en las sociedades postindustriales el trabajo se va ampliando vertiginosamente, quedando un tiempo de ocio cada vez más reducido. DeGrazia (1968), en los años sesenta, contradiciendo la pionera "teoría de la civilización del ocio" de Dumazedier (1964), apuntaba que el ocio estaba confundándose con el consumo. De un modo más sistemático, Schor (1991) demuestra que en Estados Unidos el aumento en los gastos de consumo es también un aumento del tiempo de trabajo, precisamente para conseguir ingresos con los que adquirir más bienes y servicios. Schor cataloga el concepto de *hurried leisure class* o "clase ociosa apresurada" para indicar que el ocio se comprime cada vez más, en tiempos limitados, por lo que es necesario trabajar más para consumir más en menos tiempo²⁹. La comprobación de que el trabajo aumenta en las sociedades postmodernas ha sido avalada por dife-

²⁹ De hecho, el crecimiento de la industria de la cultura y del ocio ha generado también más empleo. En España, entre 1993 y 1997, el crecimiento medio interanual del número total de asalariados en el sector del ocio fue del 7%, mientras que para el total de la economía dicha tasa fue del 2%. (García Gracia *et al.*, 2003, pág. 509).

rentes investigaciones en varios países occidentales durante la última década del siglo XX (Paramio, Villagra, 2003):

Las clases altas de profesionales son las que menos tiempo de ocio disponen, por lo que hacen un uso y consumo intensivo del mismo. De alguna manera el status alto supone asumir más roles personales, limitando la cantidad de tiempo libre. Por lo general, el presentarse socialmente como persona muy ocupada se interpreta como un signo de posición elevada. Según Rojek (1995), en las sociedades avanzadas debe reformularse la histórica teoría webleniana de la clase ociosa. Se da la vuelta al origen de los hechos y hoy las clases trabajadoras disponen de más tiempo personal: “La nueva clase ociosa son los obreros”, llega a afirmar Dumazedier (1971: 16). Pero existe una diferencia cualitativa evidente, ya que los grupos más desfavorecidos, a pesar de su mayor tiempo libre, no poseen lo que Lobo y Parker (1999) denominan “capital de ocio”, en tanto que capacidad material para la gestión de la diversión y el descanso selectivo. Este concepto se puede inscribir en lo que Bourdieu (1988) llamó *capital simbólico* en su análisis de la distinción en los gustos sociales. Son las clases del ocio apresurado las que comprimen su escaso tiempo libre para el consumo intenso, y determinadas actividades deportivas les proporciona los signos adecuados para mantener su posición divergente ante el resto. Cada clase social dispone de sus propios dispositivos para localizarse e identificarse en prácticas deportivas segregadas y distintivas.

En otro sentido, no parece adecuado asegurar que el ocio depende del tiempo libre, en tanto que supondría que las personas que no están sometidas a una actividad laboral, estudiantil o doméstica no gozarían de ocio. De otro lado, cabe afirmar, complementariamente, la dificultad de separar con nitidez el trabajo del ocio, entendidos como prácticas reproductoras de posiciones sociales. No es posible trazar una frontera simbólica entre el tiempo dedicado al trabajo y el tiempo dedicado al ocio, separación que resulta más evanescente a medida que ascendemos en la escala social. Toda actividad entendida como ocio, como la actividad deportiva, es una relación social y su significado está por encima de los artificios horarios de la actividad cotidiana. En términos materiales, la racionalización del ocio es la misma que la del trabajo. Ambos se alimentan mutuamente a través del consumo, que es lo que da sentido a tales prácticas. Ya en los años sesenta, Lefebvre (1972) acuñó el concepto de “sociedad burocrática de consumo dirigido”, para señalar la racionalidad social y mercantil de la era moderna. Al deporte cabe inscribirlo como un hecho social propio del ocio, por lo que también lo es del trabajo, actividad cuya consecuencia circular es el consumo de relaciones simbólicas.

2. EL DEPORTE COMO EJERCICIO SOCIAL

Toda actividad física deportiva es una relación social y como tal se presenta, tanto en sus términos materiales como intelectuales. El juego físico y la asistencia a espectáculos deportivos constituyen interacciones sociales que se extienden y delimitan en referencia a las diferencias y convergencias entre grupos y subculturas. Las distintas formas de hacer o ver deporte están vinculadas a estilos de vida diferenciados según la posición de

clase, género, edad o raza. Las reglas de juego social se expresan en reglas de juego deportivo. Desde el golf al boxeo o desde la gimnasia rítmica al rugby nos encontramos con diferentes lenguajes lúdicos que no hacen más que expresar diferentes modos de relación social derivados de las posiciones que ocupan sus participantes en base a sus capitales económicos, culturales, sexuales, raciales o religiosos. La aparición de nuevos deportes no es sino la expresión de nuevos grupos humanos, en tanto que interpretan los valores dominantes a su manera particular o en tanto que instauran valores de juego contrarios a los comúnmente establecidos.

En las sociedades avanzadas, la pirámide de las clases sociales ofrece un perfil de contrastes que también se ilustran en las *específicas acciones deportivas* de sus miembros. Las diferencias sociales por razones de género también encuentran acomodo en el hecho deportivo, al igual que las oposiciones étnicas o las distinciones biológicas, que están presentes en la discriminación deportiva. El uso de las diferencias sociales encuentra un modo habitual de representación en el espacio del consumo deportivo de bienes y servicios, donde se distribuyen por separado los correspondientes signos de diferenciación por razón de fronteras sociales. Prolongando el término de Bourdieu, existe un *habitus deportivo* que interfiere en los modos de presentación social del individuo. El campo de acción deportiva de cada sujeto se delimita en espacios sociales, solapados o excluyentes, donde la función latente es la reproducción de la condición social del grupo así como la promoción del mismo. El deporte, al igual que el trabajo o la educación, es un ejercicio social que comparte similares usos de valores con los otros nodos de la red social. Se puede entender al deporte como un subsistema social en tanto que sus mecanismos de interacción entre los individuos se ajustan a *reglas propias* que no divergen de las reglas comunes.

Con el sistema de competición, en el deporte moderno se cumplía uno de los mitos de la modernidad que anunciaba la posibilidad del éxito y la riqueza gracias a las cualidades personales de adquisición y no gracias a razones de herencia o adscripción. La sociedad de clases convocaba a la movilidad social ascendente, y alcanzar un status superior quedaba en manos de la potencialidad de cada sujeto o grupo. La idea que la sociedad liberal emplaza a todo sus miembros a participar y ofrecer su talento al mercado es cierta, pero la pertenencia hereditaria a una clase social determinada sigue siendo un elemento de discriminación básica para conseguir logros manifiestos³⁰. Las posibilidades generales de promoción social están relativizadas a muy pocos campos de acción, uno de ellos es el deporte, que también actúa como referente de la *ilusión* para la movilidad ascendente, tal como asegura Bourdieu:

“El mercado de los deportes es al capital físico de los chicos lo que el sistema de los concursos de belleza y sus ocupaciones derivadas –azafata, etc.– es el capital físico para las chicas; y el culto de la clase trabajadora hacia los deportistas de su mismo origen social se explica sin duda por el hecho de que estas ‘historias triunfales’ simbolizan el único camino reconocido hacia el dinero y la fama” (1993: 73).

³⁰ En la Islas Británicas, partiendo de los estudios de Rubinstein (1986), en los que demuestra la escasa movilidad ascendente de las clases sociales, Giddens afirma. “In Britain the surest way to become rich is still to be born rich” (Giddens, 1993: 242)

En cierto modo, las *reglas propias* del deporte representan fielmente a la moderna sociedad de clases, en tanto que esas reglas son la esencia de los valores universales de *igualdad*. La idea clásica de que las oportunidades que ofrece el trabajo y el mercado liberal están dispuestas en igualdad de condiciones para todos es una *fábula* que se representa con las imágenes del deporte. Se instalaron simultáneamente en el campo del deporte los significados de la sociedad industrial en la que el esfuerzo, la motivación, la técnica o el ingenio eran elementos necesarios para el progreso de la economía, que proclamaba una participación competitiva en igualdad de condiciones. El deporte compagina elementos del juego y del trabajo. Es una compensación entre la suerte y la habilidad, entre el azar y la estrategia. En esa nueva manera de interacción se excluye la arbitrariedad y las ventajas por razones de patrimonio o privilegio nobiliario. Por eso, en los juegos deportivos se aplicaron las mismas consideraciones de participación horizontal que deben de acontecer en los órdenes social y económico: fomentar la competencia entre unos contrarios que comparten las mismas reglas del juego.

Las contiendas entre hombres se aplicaron con normas de respeto corporal, de igualdad física, de sana competitividad, de estética democrática, al hilo de un burguesía que construía sus propios valores ilustrados sobre el imperio de la razón lógica. La *clase deportiva burguesa* emuló las formas lúdicas de la nobleza tradicional al mismo tiempo que se distanció de ella al inclinarse ante la mano invisible del mercado libre, al sometimiento justo y equilibrado de la oferta y la demanda comercial, según pregonaba la economía neoclásica. Si bien en el ámbito de la economía se mantuvieron las desigualdades estructurales, quedaban otros campos como el deportivo que reflejaba esa ilusión igualitaria del nuevo orden moderno. Al principio esa ilusión fue monopolizada por la burguesía culta.

De hecho el obligado *amateurismo* inicial del deporte olímpico, sancionado oficialmente por el barón Pierre de Couberten, y no suprimido hasta un siglo después, venía a dar el mensaje latente de que sólo aquellos que dispusieran de un generoso tiempo libre, aquellos que no tuvieran necesidad de *trabajar para vivir*, sólo las clases elitistas y ociosas, podrían participar en el deporte olímpico. En el contexto del capitalismo inicial, salvaje y clasista, el análisis sociológico del deporte encuentra un modelo teórico muy adecuado en el marxismo. Tal como indica Tezanos el capitalismo inicial se correspondía con una “sociedad de pirámide antagonizada”, de fuertes contrastes en un periodo candente de lucha de clases. Bromh afirma que el movimiento obrero en Inglaterra reivindicó el derecho al deporte al igual que reivindicó el derecho al trabajo y a la reducción de la jornada laboral (Bromh, 1993: 47). Desde la perspectiva marxista de este autor, se concluye que la socialización del deporte a las clases trabajadoras es una victoria del proletariado industrial. Paradójicamente se establece una crítica al deporte moderno como “institución capitalista” para posteriormente reivindicar el acceso al deporte a todas las clases populares. En este enfoque se trasluce cierto *marxismo funcionalista*, en tanto que el deporte se critica como instrumento de poder del Estado que representa a los intereses en conflicto de las clases dominantes, pero se entiende que la difusión generalizada del mismo favorecería la estabilidad y el encaje de un nuevo sistema tras el cambio político “con la llegada del comunismo” (1993: 55).

La desigualdad permaneció desde sus inicios en el ejercicio deportivo, de la misma manera en los antiguos países de la Europa socialista, donde las prácticas en sí mismas

eran un ejercicio social de diferenciación. La fábula del igualitarismo en la participación deportiva no resulta plausible si entendemos que los espacios deportivos son espacios sociales que sirven para reproducir las posiciones de los actores practicantes. Esta perspectiva estaba nítidamente clara en el siglo XIX, donde la equivalencia de los contendientes deportistas era una sencilla analogía entre un reducto de la burguesía monopolista, para extenderse décadas después en otras modalidades organizadas por y para los trabajadores.

A pesar de la democratización deportiva, expandida después de la Segunda Guerra Mundial, en la modernidad tardía han subsistido las representaciones sociales y espaciales de la desigualdad en las prácticas. En un club náutico privado los modos de relación social son divergentes respecto, por ejemplo, a un campo de fútbol abierto y suburbial. En términos organicistas el deporte se entiende como una pieza más del puzzle de la sociedad, y también desde esa perspectiva el deporte no puede ausentarse en el encaje con el resto de los *órganos* de las que depende mutuamente. El deporte está dentro de la sociedad y la sociedad está dentro del deporte. No son esferas separadas sino que integran un mismo dispositivo social.³¹

Ante el análisis de la aparición del deporte cabe plantearse una de los dilemas complejos de la sociología: ¿es el deporte una consecuencia de la estructura de la nueva sociedad industrial, que determina finalmente el comportamiento de cada individuo?, o al contrario ¿son determinadas acciones individuales las que impulsan y extienden el deporte ayudando a modificar así la formación social superior? Las concepciones más pioneras de la sociología positiva abogaban por un determinismo de la estructura social sobre el individuo. Aún hoy, tanto muchas corrientes críticas materialistas como las aportaciones sistémicas más o menos renovadas reflejan esta imposición *congénita* de lo social sobre lo individual. Tal determinismo se mueve por igual entre los teóricos del conflicto como aquellos otros que señalan la funcionalidad del consenso. El individuo estará aislado si no es mediatizado por la sociedad, en la que es integrado y asimilado. Las relaciones sociales, confrontadas o convenidas, están orientadas de arriba abajo, donde el sujeto es una pieza o bien sometida a las contradicciones de clase o bien sometida a la complementariedad orgánica de sus actividades. En contrapartida a esta orientación epistemológica aparece el segundo bloque de reflexiones que colocan al individuo en el eje de toda acción social. El individualismo sociológico parte de la *acción mentada del sujeto*, en palabras weberianas, como conductor de la organización superior de lo social. Desde la fenomenología de Shultz, la sustancia social nace en la misma persona, como sujeto emocional de iniciativas y motivaciones. El tejido que enlaza a los individuos es lo que construye la sociedad, de abajo a arriba e históricamente. Desde esta perspectiva se considera a las partes antes que al todo.

La dicotomía entre la visión macro y la micro constituye un debate antiguo del conocimiento filosófico clásico, en el que se hacía oponer el objeto frente al sujeto, a las

³¹ Para alcanzar una definición del concepto de “dispositivo”, parto de la idea de “dispositivo disciplinario”, abierta por Foucault y que ha dado lugar a toda una literatura sociológica, en la que se ha llegado a manosear el mismo concepto de *dispositivo*, que ha perdido solidez respecto a su origen epistémico. El dispositivo se ha malentendido como una *disposición*, confundiendo con la distribución, el ordenamiento, la predisposición... Foucault, sin llegar a definirlo exactamente, indica al dispositivo como una red que funciona como una determinada relación donde juegan estrategias vinculadas de fuerzas que soportan tipos de saberes. (Foucault, 1977: 129-131).

cosas frente al individuo. De un lado se defendía el análisis del mundo exterior de las estructuras regulares, en un supuesto escenario estable de *objetos* sobre el mundo de los sujetos observadores. De otro lado, la primacía del individuo se entiende como el poder de los actores sociales que se enfrentan con el conocimiento exterior de una estructura que es teórica y dependiente. Esta disyuntiva que antepone el *objeto* al *sujeto* y viceversa se le plantea al investigador social, en tanto que la construcción del objeto de análisis queda sesgada o por el mundo exterior de los hechos o por el mundo interior de los pensamientos. Esta oposición es también una separación entre lo colectivo y lo individual. Tanto Marx como Durkheim apostaron por la primacía de los objetos colectivos antes que por los sujetos individuales, Antecesores como Saint Simon y Comte partían de esa misma idea estructuralista en la que la materialidad económica o los hechos sociales superiores son instancias que alimentan y empujan el comportamiento de las personas. Sin duda, los autores clásicos ofrecen reflexiones agudas sobre la importancia de las acciones individuales, sobre la conciencia del sujeto como motor del pensamiento o sobre la relevancia de inmaterialidad personal, aunque fueron reflexiones siempre relegadas a una posición subsidiaria a la sociedad.

Elegir entre el todo o las partes es un dilema que ha generado suspicacias entre sectores más recientes de la comunidad sociológica, que suelen apuntar sus críticas a esa idea clásica, aun vigente, que proclama que las motivaciones del individuo se supeditan a un simple ejercicio de presión social o viceversa. Bajo la común denominación de *constructivismo*, como corriente teórica, se ha avanzado superando esta separación dicotómica. Algunos autores como Elias o Bourdieu buscan disolver lo general y lo particular, aunque dan cierta preponderancia a los aspectos estructurales. Otros como Berger y Luckmann se orientan más a la dinámica de las interacciones del sujeto sobre el contexto que las envuelve. En ambos intentos se manifiesta un ánimo de convergencia epistemológica bajo la idea de que el todo depende de las partes pero a su vez estas dependen del todo.

La misma circunstancia se presenta entre los conceptos de sociedad y deporte. Es común la referencia del deporte como “subsistema social”, como un mundo propio de reglas y significados que encuentra acomodo en el entramado de la sociedad total. En realidad, sociedad y deporte no son más que sustantivos diferentes pero en su trascendencia remiten a una misma sustancia, aquella que resulta de la acumulación de interacciones sociales que se tejen y destejen históricamente. Los cambios sociales se representan con nuevos deportes y viceversa. Los valores sociales se legitiman en las imágenes deportivas que sirven como imágenes públicas para ilustrar legítimamente las emociones y los productos de la opinión general. La convención jerárquica establecida según la cual el deporte es una esfera interior de la sociedad, un subconjunto de categorías, no es más que una clasificación recurrente para catalogar oficialmente lo que no son mundos cerrados sino flujos, coincidencias o solapamientos entre diferentes maneras de hacer las mismas cosas, sea el deporte, el trabajo o el turismo. Las relaciones sociales deportivas están construyendo y reconstruyendo los mismos valores de entendimiento colectivo. En el deporte se enarbolan símbolos diferenciados pero bajo los mismo códigos de intercambio que están inscritos en la sociedad. Así, la tendencia progresiva a lo que Bauman (2001) llama la *individualización* del sujeto se expresa más claramente en las sociedades avanzadas donde la muestra de los palmarés de los clubes enfrentados en la competición

deportiva están dando paso al contraste de los palmarés de los jugadores, donde cada practicante individual es comparado con el contrincante de su mismo puesto y especialidad. Desde las teorías del conflicto, Rigauer puso énfasis en la vinculación entre trabajo y deporte como disciplinas sociales complementarias para el buen manejo del control social, aunque sus parámetros de análisis quedaron reducidos a la modernidad de los asalariados. En el contexto actual de cambio de valores en la empresa postmoderna se venera a la identidad individual como estadística de servicio (y también como estrategia organizativa para fragmentar al colectivismo sindical). Los valores modernos que se amparaban en las organizaciones de masas dan paso a los valores individuales amparados en unos sujetos elegidos. Esta consideración, que es económica y simbólica, no se traslada sino que está genuinamente incorporada en el ámbito deportivo, donde el desafío entre equipos se publicitada más como un duelo individual entre las estrellas respectivas. Deporte y sociedad son conceptos en un movimiento común, no separado. Son los individuos que viven en sociedad quienes crean y recrean históricamente los deportes tras una estructura de valores que estimula esa innovación.

Elias aplica la denominada perspectiva figuracionista, el figuracionismo, como instrumento teórico que busca romper la polarización entre sociedad e individuo, elementos presentados por la sociología más común en tanto que objetos abstractos, en tanto que planos de análisis contrapuestos lo que no es más que una conceptualización forzada. Elias hace uso del ejemplo de un partido de fútbol como “tejido de juego” para explicar la dificultad de disolver al *yo* con los *otros*, haciendo un símil de los lances futbolísticos para así explicar la disolución entre cada jugador y la trama del juego en la que participa:

“Aquí aparece con particular claridad que dos grupos adversarios e interdependientes, que se enfrentan entre sí en términos de una relación de nosotros y ellos, constituyen una única figuración. La fluida agrupación de los jugadores de un lado sólo es comprensible si se relaciona con la fluida agrupación de los jugadores del otro lado. Para comprender el juego y complacerse con ello, los espectadores han de estar en condiciones de poder seguir las cambiantes posiciones de los jugadores en ambos lados en su mutua dependencia, es decir, precisamente la fluida figuración que constituyen las dos partes en su interrelación. Se ve en este ejemplo con mayor claridad lo absurdo que sería considerar a los individuos que juegan como lo concreto y a las figuraciones que forman como lo abstracto o también a cada uno de sus jugadores como lo real y a su agrupación, a su fluida figuración sobre el terreno de juego, como lo irreal” Elias, 1999: 158).

Bajo esta consideración plausible no se puede entender al deporte moderno como un *ideal*, un objeto creado por los individuos o por la historia, cuando en realidad es el resultado de una cambiante interacción entre los actores y grupos durante un proceso social. La idea difundida por Couberten de que el deporte no debería servir a ninguna meta fuera de sí mismo, es una idea caducada desde su principio, en tanto de si bien es cierto que las prácticas están delimitadas en el tiempo y en el espacio, tales prácticas son interacciones que están socializando a los sujetos e impregnan sus vidas cotidianas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Z. (2001): *La sociedad individualizada*. Cátedra, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1988): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1993): “Deporte y clase social”, en Brohm *et alii*: *Materiales de sociología del deporte*. La Piqueta. Madrid.
- BROHM, J. M. *et alii* (1993): *Materiales de sociología del deporte*. La Piqueta. Madrid.
- CAILLOIS, R. (1967): *Les jeux et les hommes : le masque et le vertige*. Paris, Gallimard.
- CASTILLA, A.; DÍAZ, J. A. (1988): *Ocio, trabajo y nuevas tecnologías*. Fundesco, Madrid.
- DEGRAZIA, S. (1968): *Tiempo, trabajo y ocio*. Tecnos, Madrid.
- DUMAZEDIER, J. (1971): “Realidades de ocio e ideologías”, en Dumazedier *et al.* *Ocio y sociedad de clases*. Fontanella, Barcelona.
- ELIAS, N. (1987): *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. F.C.E., Madrid.
- ELIAS, N. (1999): *Sociología fundamental*. Gedisa, Barcelona.
- FEATHERSON, M. (1996): *Consumer, culture and postmodernism*. Sage. Londres.
- FOUCAULT, M. (1984): *Vigilar y castigar*. Siglo XXI. Madrid.
- FOUCAULT, M. (1984). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI. Madrid.
- GIDDENS, A. (1993): *Sociology*. Polity. Londres.
- HANDY, CH. (1986): *El futuro del trabajo humano*. Ariel. Barcelona.
- HUIZINGA, J. (1995): *Homo ludens*. Alianza Editorial, Madrid.
- LAFARGUE, P. (1980): *La organización del trabajo : el derecho a la pereza y la religión del capital*. Fundamentos, Madrid.
- LEFEBVRE, H. (1972): *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Alianza Editorial. Madrid.
- ORTÍ, A. (1994): “La estrategia de la oferta en la sociedad neocapitalista de consumo: génesis y praxis de la investigación motivacional de la demanda”, en *Política y Sociedad*, nº 16, Universidad Complutense, Madrid.
- PARAMIO J. L. ; VILLAGRA, H. A. (2003): “La negación del ocio en las sociedades occidentales postmodernas. Estudio comparativo”, en Mosquera, Gambau, Sánchez, Pujadas: *Deporte y postmodernidad*, Librerías Deportivas Esteban Sanz, Madrid, págs. 117-128.
- RIFKIN, J. (1996): *El fin del trabajo* Paidós. Madrid.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2002): “Estructura de Trabajo y Nuevas Tecnologías: Sobre el Caso Andaluz”. En Márquez Domínguez, J. A. (comp.): *Identidad Regional y Globalización*. Universidad de Huelva. Huelva.
- ROJEK, C. (1995): *Decentring leisure. Rethinking the Leisure Theory*. Sage, Londres.
- RUIZ DE OLABUENAGA, J. I. (1994): “Ocio y estilos de vida”, en Juárez, M.: *V Informe sociológico sobre la situación social de España*. Fundación FOESSA, Madrid, pp. 1881-2074.
- SCHOR, J. (1991): *The overworked american. The unexpected decline of leisure*. Basic Books Harper Collins, New Haven.
- VEBLEN, Th. (1966): *Teoría de la clase ociosa*. FCE. México.